

más remota esperanza de que se convirtieran en fuente de considerables sumas para remitir a Inglaterra. Por eso fracasaron los intentos de establecer plantaciones en la isla, y los esclavos introducidos por los dirigentes locales de la Compañía en 1633, se fugaron a los montes o mantenían a los habitantes en permanente zozobra.

El contrabando con las colonias españolas rendía ciertas utilidades, pero no las suficientes para satisfacer las exigencias de la Compañía, cuyas deudas aumentaban día tras día. Desde 1631 barcos corsarios habían arribado a Providencia aprovechando la tradicional hospitalidad de los puritanos, y de ahí había sólo un paso para que los empleados locales de la Compañía se lanzaran con avidez a atacar cuanta embarcación española pasara cerca de la isla. El botín recaudado constituía una tentación demasiado fuerte, y pronto los puritanos, tanto directivos como colonos rasos, se vieron arrastrados a convertir la piratería en la actividad principal y ciertamente la más lucrativa; incluso se olvidaban de remitir utilidades a la Compañía, confiados en que con las sumas recogidas podrían después acallar con sobornos las quejas de Londres.

En menos de cinco años, entre 1630 y 1635, Providencia se había transformado de sociedad ideal en guarida de piratas, donde toda clase de excesos no sólo eran permitidos sino estimulados. Los puritanos que no se habían dejado corromper abandonaron la isla para ir a Massachusetts, que aún conservaba su estricta disciplina original. Las noticias llegaron a Inglaterra, y desde 1635 fue imposible atraer a más inmigrantes, que, escandalizados por los sucesos de la isla, se dirigían exclusivamente a Massachusetts, donde todavía se luchaba por la sociedad ideal.

A partir de 1635, cuando comenzó la segunda etapa de la vida de la colonia (capítulos VIII a XIV), la Compañía en Londres aceptó la nueva situación y pasó a considerar la isla de Providencia solamente como una inversión mercantil, confiando en que ahora pudiera recuperar los capitales de los socios. Regresó así Providencia

a los dos patrones interrelacionados y tradicionales del Caribe colonial: la búsqueda despiadada de ganancias y la lucha militar entre las potencias europeas por el control de las islas.

La idea de la colonia puritana modelo quedó totalmente abandonada, y se dio rienda suelta a cualquier actividad que significara ganancias sobre el capital. Se trajeron más esclavos para volver a insistir en las plantaciones, pero el resultado fue una sublevación difícilmente reprimida. Mayores éxitos se lograron con la piratería, que se convirtió en fuente indiscutible de botín para los directivos de la Compañía en la isla y para los corsarios, pero no para la sede londinense, que sólo cargaba con las deudas.

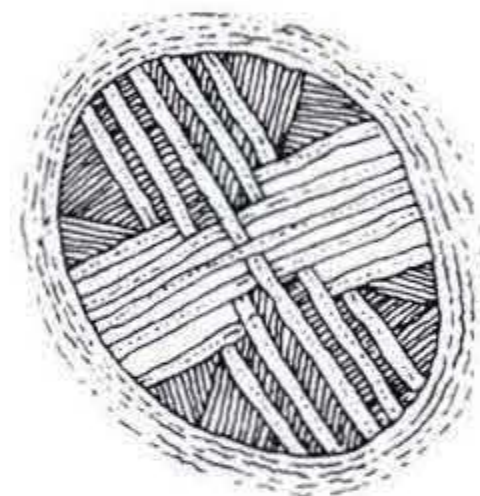
Más grave aún: la piratería incessante provocaba represalias españolas, especialmente cuando los corsarios de Providencia emprendieron ataques a posiciones de Tierra Firme. Rechazados varios contraataques españoles, finalmente en 1641 fue capturada la isla y expulsada la población de origen inglés. Este fue apenas el primer episodio en la larga lucha militar entre España e Inglaterra por el dominio del archipiélago de San Andrés y Providencia.

El libro de Newton se sustenta en una cuidadosa investigación y constituye un valiosísimo aporte para conocer los albores de la colonización en la isla de Providencia. Como el autor situó el tema dentro de la historia de Inglaterra y se limitó a consultar documentos ingleses, con escasa referencia a fuentes españolas, el lector colombiano puede sentirse distraído por las innumerables referencias a las actividades británicas tanto en el viejo como en el nuevo mundo. Sin embargo, esta perspectiva, distinta de las hispanizantes de que antes se disponía en Colombia, permite enriquecer el tema con una nueva dimensión.

El autor del libro pertenece al grupo de historiadores ingleses que a finales del siglo XIX se dedicaron a investigar la colonización británica en Estados Unidos y el Caribe. Para su estudio sobre los puritanos en Providencia, se basó en los archivos de la

Compañía colonizadora de la isla, que aún se conservan en Londres.

RENE DE LA PEDRAJA TOMAN



Prosa rimbombante y fuentes secundarias

La vida de don Miguel Antonio Caro

Marco A. Díaz Guevara

Instituto Caro y Cuervo, Bogotá, 1984, 317 págs.

Después de la publicación de los artículos de Antonio Gómez Restrepo (*Caro, crítico*, 1914), Luis López de Mesa (*Miguel Antonio Caro*, 1943, y *Miguel Antonio Caro y Rufino José Cuervo*, 1944), José Manuel Rivas Sacconi (*Miguel Antonio Caro, humanista*, 1947) y Tomás Rueda Vargas (*El señor Caro y su casa*, 1954), y de las obras de Alfonso Robledo (*Don Miguel Antonio Caro y su obra*, 1912), Manuel A. Bonilla (*Caro y su obra*, 1947), Margarita Holguín y Caro (*Los Caros en Colombia* 1953) y Guillermo Torres García (*Personalidad política de Miguel Antonio Caro*, 1956), no se producía en el país un acercamiento biográfico a Miguel Antonio Caro.

Marco A. Díaz G. presenta ahora una biografía de Caro que no supera los defectos de anteriores trabajos sobre el tema. Su libro muestra inicialmente "La augusta dinastía" de la familia Caro desde la llegada de Francisco Javier Caro a Cartagena en compañía del virrey Flores, su posterior matrimonio en Santafé con la dama española doña Carmen Fernández, y la descendencia que se iría ampliando hasta más allá de José Eusebio Caro y sus hijos, uno de los

cuales fue Miguel Antonio Caro. Más adelante, el autor se refiere a la "Crianza intelectual doméstica" y a la formación jesuítica de Caro, en medio de las cuales adquirió amplias aficiones literarias y filosóficas, y una formación religiosa e hispanizante que lo enfrentó al utilitarismo, al sensualismo, al relativismo de las ideas y a toda escuela anticatólica. Después de caracterizar el régimen liberal durante el período federal como nefasto para el país y violentador de las libertades, el autor presenta a Miguel Antonio Caro como un voluntario de la prensa, defensor del derecho de sufragio, parlamentario batallador, escritor conservador y amigo de la formación de un partido católico. A estas virtudes, agrega su devoción por la escuela filológica de la gramática comparada y sus amplios conocimientos de los clásicos latinos y españoles. Señala más adelante que el papel cumplido por Caro en el seno del partido conservador y en los diversos momentos de la política nacional, lo llevó a ocupar altos cargos en el gobierno, especialmente durante el período de la Regeneración, cuando desempeñó la vicepresidencia y más tarde la presidencia de la república. Finalmente, el libro hace referencia a las actuaciones destacadas de Miguel Antonio Caro después de la guerra de los Mil Días y a su actitud de rechazo a la separación de Panamá, sin dejar de lado su participación intelectual y política en los diversos momentos de su vida pública.

El estudio de Díaz está basado en una consulta documental restringida, centrada principalmente en fuentes secundarias a las que añade algunos artículos de prensa de carácter nacional y algunos documentos familiares y públicos, gran parte de los cuales ya son conocidos en nuestro medio. Por ello no logra incorporar aspectos nuevos a los ya conocidos, ni tiene un fundamento distinto de las descripciones formuladas en trabajos anteriores.

Los diferentes aspectos de la vida de Caro son presentados en un estilo poco ágil, con una prosa rimbombante, una adjetivación recargada y una frecuente incorrección en el uso

del lenguaje, particularmente en la puntuación, aspecto que llama la atención, máxime cuando las obras de Miguel Antonio Caro han sido conocidas por el autor.

El afán del biógrafo se circunscribe a presentar la personalidad de Miguel Antonio Caro haciendo énfasis en sus orígenes y tradiciones familiares y en algunos aspectos de su vida política y literaria. Pero es del caso considerar que en la elaboración de un trabajo biográfico se requiere analizar con mayor precisión las condiciones de la época, las restricciones y posibilidades que impone la situación política, económica y social, y las alternativas disponibles para aquellos que deben tomar decisiones u oponerse a ellas. Ya el historiador Fernand Braudel señalaba que no era hostil por principio a la biografía, con la condición de que "no se aislará la historia de un gran hombre del contexto general, de los otros 'pisos' de la historia". De esta manera podría comprenderse mejor la importancia de Miguel Antonio Caro en el proceso de formación de la nacionalidad colombiana, proceso en el cual no parece tener el carácter de predestinado, de hombre con un destino manifiesto o de genio excepcional, como lo señala el autor en el siguiente párrafo: "El genio aparece allí donde el ambiente lo permite. De las briznas divinas de la vida se organiza su conciencia. Crece, se agiganta, hasta convertirse en formidable aureola de energía pensante, con un resplandor en la unidad que nunca tuvo antes. Giran en torno a su luz las inteligencias menores como los planetas alrededor de incandescentes estrellas. Y su marcha ordenada por la historia dibuja el curso de la civilización. A esa constelación de almas superiores pertenecía la de Caro" (pág. 48). como puede observarse, el autor adorna el relato con una narrativa que nada explica pero que es a su vez exaltante y magnificadora.

La carencia de elementos explicativos y la exaltación de la personalidad de Caro llevan al autor a caracterizar la oposición a su gobierno (1892-1898) como "injusta e insensata que le hicieron antiguos amigos. Empeñados en transformaciones suicidas" (pág. 226). Esta manera de caracterizar el fenómeno no permite esclarecer ni demos-

trar las actitudes de las fracciones conservadoras (nacionalista e histórica), que fueron tan decisivas durante este lapso de la Regeneración. Si bien, el conflicto central de este período se dio entre las medidas de los gobiernos de Núñez, Holguín y Caro para establecer un Estado central fuerte y los intereses de una oligarquía comercial que había manejado la economía en el marco de las autonomías federales, es necesario resaltar los conflictos con los intereses regionales, antioqueños y caucanos principalmente, que se vieron afectados por los esfuerzos de los regeneradores.

Si bien, el autor recoge parte de la bibliografía existente sobre Miguel Antonio Caro, el tratamiento de los distintos aspectos está lleno de limitaciones, que dejan ver el desconocimiento de trabajos históricos más recientes y pertinentes. Una biografía de Caro, que represente un avance con respecto a los trabajos existentes, exigiría la ampliación de la cobertura documental y la confrontación de diferentes enfoques, a fin de establecer con criterios analíticos, el justo lugar que Miguel Antonio Caro ocupó en su época, con los contrastes propios de una vida rica en múltiples facetas. Sólo así podrían superarse los obstáculos y deformaciones comunes en nuestro medio por opiniones de partido o por concebir la historia como un simple problema de apreciación. En el caso del autor cuya obra reseñamos, desde un comienzo nos encontramos con la existencia de un juicio previo sobre Miguel Antonio Caro, en una perspectiva estrictamente apologética.

LUIS JAVIER ORTIZ MESA

